

á lo lejos un punto brillante adonde caminamos derecho?
 ¡Es la gloria! Saludádla desde el lugar donde os halláis...
 La historia os prepara una página, y la posteridad mil ben-
 diciones . . . ¡Salud y gloria para la "Sociedad literaria
 de la Esperanza"! . . . ¡Salud y gloria para sus miem-
 bros! . . . ¡Arrancad, á fuerza de trabajo de la posteridad
 las bendiciones de que os colma mi entusiasmo!
 Esta es otra obra, Señores, este es el premio de nuestras
 tareas, esta la recompensa única que debe llenar vuestros
 corazones. Merecedla, y vuestras cenizas serán siempre ve-
 neradas de las generaciones. Mis amigos: en nombre de la
 humanidad yo os conjuro á que jamás desmayéis
 Sed constantes, y yo también en nombre de la gloria os
 prometo un nombre ilustre. Dije.

Ociubre 28 de 1853.

(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 23 años.

BORRADOR

DE LA CARTA ESCRITA AL DR. VILLALVAZO

Titulo: Cuestiones canónicas examinadas en sus relaciones con
 el Derecho natural, político y de gentes.—Carta primera:
 Examen sobre el espíritu del siglo en las cuestiones canóni-
 co—sociales.

Querido amigo:

Hoy, por fin, tomo la pluma para dirigirte la primera de
 mis cartas; hoy, rompo un silencio que guardé por algún
 tiempo contra mi voluntad y comienzo por mi parte la dis-
 cusión sobre aquellas cuestiones de grandes trascendencias,
 que más de una vez hemos tocado sin podernos poner de
 acuerdo en su resolución; partiendo ambos de principios
 opuestos, filiados en escuelas rivales, no era extraño que
 viésemos las cosas bajo distintos puntos de vista. Ni era
 posible que entonces examinásemos el valor de nuestras
 creencias; meras pláticas amistosas, distaban mucho de
 tener el carácter analizador de una discusión: ninguno de
 los dos cedíamos el campo de nuestras opiniones, porque
 ambos creemos que poseemos la verdad, y entonces un exa-
 men científico de ellas era casi imposible. Por tal motivo,
 y por examinar concienzudamente aquellas cuestiones, na-

da podía ser mejor que entablar, como lo hacemos, un serio debate que pese con la balanza de la crítica nuestras opiniones, y que les dé el valor que merezcan. Así nuestro análisis será detenido, nuestros juicios exactos, y nuestra recíproca defensa y ataque meditada. Al calor de una discusión verbal que, sea dicho de paso, jamás es potente á arrancar de cuajo viejas opiniones, sucede la calma del análisis científico; á las palabras, la escritura: á los sofismas, las razones: y por fin, á una palabrería sin sentido, un discurso mas ó menos vigoroso, pero siempre abundante de ideas.

Vamos, pues, á discutir del mejor modo posible, cuestiones delicadas que reclaman toda nuestra atención; vamos á buscar su resolución con la buena fé propia de quien busca sinceramente la verdad, y yo no dudo que la hallaremos bien pronto; sin pretensiones, sin compromisos de partido, ninguna otra voz oírémos que la de nuestra conciencia. Yo por mi parte, te prometo toda la imparcialidad que esta materia reclama, y estoy seguro de que no faltará de la tuya. Pero antes de examinar particularmente cada uno de los puntos que nos proponemos, permíteme exponerte ciertas ideas que yo juzgo cardinales en esta discusión; se rozan tan íntimamente con las materias que vamos á examinar, que olvidarlas sería desviarnos del todo del buen camino. Por otra parte: son unos principios generales que debemos después aplicar á todos nuestros sucesivos debates. Su exposición, pues, será la materia de esta carta.

La presente época, llamada por algunos muy acertadamente, época de duda, de transición, es por demás interesante para que desdeñásemos fijar en ella nuestra vista. El que ha estudiado las huellas que ha dejado el hombre sobre la tierra desde hace 70 siglos, por mas que crea que en la inmensa variedad del cuadro que ha recorrido, ha visto todos los colores, presenciado todas las situaciones, juzgado de todos los hechos, se ve agradablemente sorprendido,

cuando al pisar el terreno del siglo actual, se encuentra con un espectáculo tan grandioso, cual nunca antes se había realizado. El historiador se convence entonces de que el género humano no está encadenado á un círculo fatal de dolor y de miseria: el filósofo sonríe á la bella expectativa de esperanzas lisonjeras; y el que trabaja por la mejora de la suerte de sus hermanos, siente su corazón henchido de la fé mas ardiente en el porvenir! . . .

En efecto, amigo, mas de una vez hemos observado los siglos que pasaron, al cumplir su misión, ya sea ofuscando la inteligencia con las tinieblas de la ignorancia, ya llenando de sobresalto al mundo con el amenazante chirrido de los bárbaros, ya enervando las fuerzas humanas con la molice de las cortes, los siglos pasados, digo, al llenar su destino han contribuido con todos con su parte, para engrandecer el que al nuestro tocara. Hijo este de aquellos, está desenvolviendo los gérmenes preciosos depositados por la Providencia en el curso de siete mil años: heredero de sus conocimientos, los explota en beneficio de su obra: lleno de vigor y de energía, tiene, sin embargo, la melancólica faz del que duros desengaños han trabajado su alma; pero esa melancolía no es desesperación, sino la tristeza, que según la expresión de un sábio, acompaña siempre á los grandes pensamientos. El siglo XIX sostenido por vigorosísimos elementos de vida, está muy léjos de ser el viejo caduco, impotente para toda otra cosa, que no sea recordar lo pasado y llorarle . . .

Época de duda y de transición ha sido llamada la que atravesamos. ¿Es exacto decirlo? Examinémoslo. Cuando un espíritu nuevo anima, infiltrándose en su corazón, á la sociedad, cuando nuevas tendencias le hacen desear nuevos caminos, cuando desengañada de un pasado trabajoso, busca un porvenir también nuevo, entonces con justo motivo á la época que vea esos fenómenos se la llama época de transición. Cuando crueles desengaños causan á la inteli-

gencia burlándola, cuando tras la promesa de una mejora se alcanza solo un estado más calamitoso, cuando fatigados de correr tras una sombra nos sentamos jadeantes y con la persuasión de que jamás la alcanzamos, entonces la desconfianza, la duda, si se quiere, paraliza nuestros movimientos y llegamos á verlo todo con total indiferencia . . . Hé aquí, también, otro de los rasgos de la fisonomía de nuestro siglo.

Pero para no caer en crasos errores que tendrían pésima influencia en nuestro debate, es necesario pararnos á analizar como se verifica que nuestra época tenga caracteres que se contradicen. El último tercio del siglo pasado, con sus doctrinas exajeradas, con su ferviente proselitismo, con su revolución sin ejemplo, con sus desórdenes, con su guillotina, cubierto de ese vapor sanguinolento con que aún le distinguimos allá á nuestra espalda, prometía, en su locura, á los hombres, alcanzar una época de ventura, y la razón humana sin tiempo para examinar, le creyó bajo su palabra . . . Esfuerzos inauditos se hicieron entonces para conseguir realizar esa promesa, y horror causa ver como el hombre sacrificaba todo á aquella idea . . .

El grande pensador de la época levantó entonces su atornadora voz y enseñó á los pueblos que el camino que llevaban conducía al precipicio. Laménais indicó los remedios de la gran enfermedad que atacaba á la sociedad europea: á la duda, sustituyó las creencias, al escepticismo, la fé, á la indiferencia, el anhelo de la verdad . . . Su célebre obra, fué el mejor presente que hiciera á la Europa en aquellas circunstancias . . . ¿Pero, que efectos produjo? Lamartine, Chateaubriand, Lacordaire, en la patria de Laménais mismo, Balmes, Visman, Ventura y otros hombres ilustres de la época, dan testimonio de que la fé no se ha perdido . . . La duda que fué general cuando el presente siglo comenzaba á correr, pierde diariamente considerable terreno, y cuando se opera una nueva

transformación en la sociedad, se separa de los elementos que han de entrar en composición, á la duda para sustituirle con la ciencia. De esta manera es como á nuestro siglo se puede llamar de duda y de transición.

La gravedad del asunto que tocamos, exige que nos paremos á analizarle con cuidadoso detenimiento. La filosofía de la historia, mostrándonos las necesidades de cada siglo nos ha enseñado también el espíritu que á cada uno de ellos animaba; presentándonos á la sucesión toda de los tiempos, nos ha convencido de que en cada época se van realizando los designios de la Providencia, designios que en último análisis, se dirigen todos á la mejora y perfección del hombre. Con la luz de aquella ciencia, iluminemos ahora la huella que el presente siglo ha dejado á la mitad de su carrera. Cansado el espíritu humano de vagar á merced de locas ilusiones, ha adquirido la sensatez de la edad madura, que examina antes de obrar: sintiendo vivísima la necesidad de creer para existir, forma el símbolo de una fé racional y justa, poseída del conocimiento de su propia fuerza, no desespera alcanzar días más bonancibles. . . . hé aquí un hecho que ha pasado durante la primera mitad del siglo actual . . . hecho, que entra á formar el espíritu de la época.

Y para decirlo en pocas palabras: el elemento científico—práctico, es el que domina ahora el campo de las doctrinas que pugnan por ingerirse en el corazón de la actual sociedad para terminar la transformación que han comenzado á operar. No creas por esto, que voy á defender ese sistema, ó mejor dicho, esa secta, que proclama la independencia del espíritu humano; estoy convencido, de que cuando este quiere alzarse más de lo que le permiten sus fuerzas, cae en lastimosas decepciones. Nuestra época ha visto ya demostrado con hechos esta verdad. Así, pues, fé ante todo: pero también elemento científico—práctico que coordina las relaciones de las cosas, que examina los fundamen-

tos de esa fé misma; hé aquí el alma de la época, alma que le comunica movimientos tan osados y atrevidos, que parecieran locura al que no conociera la energía de aquella.

Para quien sepa lo que pasa en las naciones civilizadas del globo, para quien vea moverse un millón de prensas afanadas en divulgar conocimientos útiles, en una palabra, para quien vea la marcha progresiva de la ciencia que avanza siempre, tomando posesión del mundo, para ese no puede ser desconocida la altísima importancia que la ciencia ha alcanzado en nuestra época. Nada se crée ya sin tener razón para creerlo; nada se hace sin examen: la deliberación y el análisis precede á todos los actos humanos. La ciencia se ha apoderado de todas las creencias, de todas las opiniones de todos los sistemas, y depurándolos en el crisol de su crítica, ha separado la verdad de los errores en que se le quisiera envolver.

Necesítase no perder jamás de vista estas consideraciones, para debatir cuestiones que los siglos pasados nos presentan ya resueltas, pero sobre cuya resolución no está de acuerdo el nuestro; necesítase conocer lo que fué el siglo en que se agitaron sus necesidades, su relación con la marcha del género humano; así como también las tendencias de nuestra época, su estado de civilización y cultura para poder formar así un juicio exacto y comparativo: necesítase aislarse de mezquinos intereses, de pasiones poco elevadas y ver las cosas desde el alto punto en que deben mirarse para no ceder á impresiones del momento, sino obedecer solo á la ley que hace siempre marchar al hombre hácia su perfección.

Muy fácil es concebir qué profunda será la división de opiniones cuando se tocan los puntos más delicados de las ciencias sociales: puntos en que la sociedad descansa. Los que por miedo de innovaciones, por estrechez de miras, ó por cualquier otro motivo ven en cada progreso de la ciencia un amago al orden social, ni aún permiten que este pa-

se en revista las doctrinas reconocidas como verdades: los que viviendo en el porvenir, se olvidan de que una piedra desprendida del edificio social antes de tiempo, puede ocasionar en su caída la muerte de muchas generaciones, se indignan de que haya quien ose oponerse á sus esfuerzos para cambiar la esencia de las sociedades. . . . Los unos tienen la calma necia de impotentes viejos, los otros la fogosa impetuosidad de imprudentes niños. Ni aquellos, ni estos serán los que patrocinen el verdadero progreso: la conducta que se aparta de los dos extremos, está recomendada por la razón: examen detenido de todas las cuestiones sociales que se nos presenten, sin venerar una antigüedad que no puede dar su fallo en tales decisiones, es lo que la prudencia previene hacer.

Hubo una época calamitosa, de dolorosos recuerdos aun, en que confundidas todas las relaciones sociales, rotos todos los vínculos que ligan al hombre con el hombre, derrumbado un viejo y carcomido edificio político, caídas en desuso las leyes, violados los respetos más santos, profanados hasta los altares, hubo una época, digo, en que la confusión y el caos llegaron á su colmo. Ya se comprende que hablo de esos tiempos que iniciaron los primeros bárbaros con su invasión al imperio romano y que terminaron cuando concluyó lo que se llama edad media. Tiempo de dolorosos recuerdos; pero tiempo que reclaman profundo estudio y de enida meditación. ¡Tiempos de desorden y de ruína, é igualmente tiempos de reorganización social! Tiempos, en fin, que jamás debe perder de vista quien quiera conocer las sociedades modernas, porque en ellos estaban depositadas las semillas de las actuales constituciones.

¿Deberé ahora trazar el negro cuadro que aquellos días presenciaron? ¿Deberé recargar el colorido para salpicar de sangre un recuerdo, demasiado triste ya? Nada menos

que eso. Es por demás conocida la lúgubre descripción que los historiadores nos hacen de esa época, para que debiera y consumir inútil tiempo en hacer su bosquejo. Bástame decir, que en aquellos días se abría un inmenso abismo que se tragó á una sociedad . . . y que de nuevos gérmenes salía otra, en todo distinta de la anterior

Dispensarme del trabajo de incurrir en inútiles digresiones, no es que cierre los labios á las reflexiones que nacen de aquella situación: las haré, pues. Sobre los escombros y ruinas de ciudades destruidas, sobre el aniquilamiento de los poderes constituidos, se levantaba una autoridad desconocida hasta entonces en su influencia social: entre el confuso vocerío de idiomas bárbaros é ininteligibles entre sí, había una voz que se hacía oír en todas las comarcas; en medio de conquistadores salvajes y de vencidos prostituidos, había una tercera clase que imponía á aquellos por sus severas costumbres, que era el amparo de estos por evangélicas virtudes Aquella autoridad, era la Iglesia aquella voz, la del vicario de Jesucristo aquella clase, el clero católico

¿Qué hubiera sido, del porvenir del mundo, si en aquella época la Iglesia, ó no hubiera existido, ó no hubiera tomado en pupilaje á la recién formada sociedad? Dios lo sabe; la inteligencia humana no alcanza á distinguir nada en tan tenebrosa obscuridad. Pero no nos desviemos de nuestro propósito, siguiendo á los impulsos de inútil curiosidad.

La Iglesia, y tal servicio jamás obtendrá toda la gratitud que se le debe, la Iglesia, digo, tomó bajo su protección el amparo del débil, es decir, de todos los vencidos: la Iglesia se constituyó maestra de los fuertes, esto es, de salvajes conquistadores: la Iglesia, estrechaba los vínculos de familia, extinguía la servidumbre, gangrenosa llaga de las so-

ciudades antiguas, daba leyes, administraba justicia, templaba el feroz carácter de las tribus bárbaras con palabras de celestial sabor, anudaba las rotas relaciones de los pueblos: enseñaba á los ignorantes, socorría á los débiles, protegía á los huérfanos, coronaba á los reyes en nombre de Dios, para recordarles que tenían un superior, predicaba la paz y fraternidad universales La Iglesia, en fin, hacía todo para formar una sociedad, recogía los mil elementos dispersos que andaban separados en medio de tanto escombros, para formar un gran todo, una sociedad

Pero demos un paso hácia adelante. La Iglesia en aquella época, fundando un Derecho hasta entonces desconocido, el Derecho Canónico, daba leyes, que al mismo tiempo que se adaptaran á las circunstancias de las sociedades de aquellos tiempos, sirvieran á la satisfacción de sus necesidades, haciéndose árbitra de la política hasta el punto de disponer de los cetros y de los tronos, para reprimir con mano fuerte, abusos de un poder sin límites, porque los pueblos entonces no eran nada, llenaba uno de sus principales deberes: conservar la paz y establecer la fraternidad universal. La época demandaba su intervención, y la Iglesia asistida por el Espíritu Santo comprendió la oportunidad de los tiempos.

La oportunidad de los tiempos, digo, y para sentirlo con la convicción que se debe, basta traer á la memoria, ese gran desorden de la sociedad basta hablar de la Edad Media para que representándonosle con todas sus incoherencias, comprendamos la necesidad de aquella intervención.

Consecuencia necesaria de ese estado de cosas, era el establecimiento de instituciones que diesen á la Iglesia, no solo la respetabilidad que como á hija de Dios se debe, sino

también la fuerza bastante para pelear con enemigos, con igualdad. Tal exigencia, era una necesidad de la época que nadie puede desconocer, so pena de pasar por parcial. Nacieron, pues, aquellas instituciones legitimadas por la necesidad: su influencia social se hizo sentir benéfica y los resultados aprobaron una conducta tan llena de sabiduría.

La imparcialidad que me he impuesto y á la que no faltaré jamás, me obliga á preguntarme: ¿esas instituciones fueron todas hijas de un maduro examen, satisficieron todas, verdaderas necesidades, estaban todas indicadas por el espíritu de la época, fueron verdaderos progresos? En el supuesto de que esas instituciones hayan sido bienhechoras al género humano, ¿se puede sostener en buena lógica que lo son aun?

Lo expuesto hasta aquí, manifiesta los motivos de mis creencias sobre este particular. El siglo en que vivimos tan distinto de aquellos en que se veneraba la divinidad de los tronos, es mas que razón para sostener una opinión que pugne con la que, tal vez, han defendido en otros tiempos ilustres escritores. Las sociedades en sus continuas modificaciones necesitan de leyes, de doctrinas adecuadas á sus necesidades y jamás se me podrá persuadir que las tendencias de la actual época son las mismas que las de aquella en que el célebre Obispo de Hipona, llamaba la atención del mundo.

No se extrañe, pues, que en la presente discusión no admita autoridades, por otra parte, muy respetables; siempre he creído que una cuestión política jamás se puede resolver por el testimonio de hombres que nos antecedieron en el curso de los tiempos en diez á doce siglos, y cuando, por otra parte, ignoraban del todo las circunstancias de nuestra sociedad. La crítica por sí sola, los excluye de tales discusiones.

Más de una vez tendré también que llamar en mi auxilio esa misma crítica para conocer la importancia histórica ó científica de los textos legales que tendré que examinar. Si los admitiera sin un examen prévio que justifique su utilidad ó conveniencia, haría lo que el jurisconsulto que toma á la ley por árbitro de sus decisiones; pero me quedaría muy atrás del filósofo que, ó rinde á una disposición legal el incienso que se debe á la justicia, ó le despoja del augusto carácter de ley, para no llamarle sino usurpadora.

Diciembre 3 de 1853